

Cristina Prieto Solano

# Un error a medida



Matchstories

# Un error a medida

Cristina Prieto Solano

 matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Cristina Prieto Solano, 2023  
© Editorial Planeta, S.A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Álex Herrerías

Primera edición: enero de 2023  
ISBN: 978-84-08-26642-6  
Depósito legal: B. 9-2023  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S.A.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## Capítulo 1



Es más sencillo dar consejos que ponerlos en práctica. ¿La teoría? Superfácil, chupada, tráeme más teoría, que te la bordo. Pero ¿la práctica? Ay, la práctica..., esa se nos escapa a todos. Se nos escurre entre los dedos.

También es más sencillo darte cuenta de cuándo a alguien lo están mangoneando si es desde fuera. De hecho, ese alguien puedes ser hasta tú misma..., solo que para estar «fuera» te hacen falta unos cuantos meses. Años, en algunos casos más desafortunados.

Ahí hemos estado todas. Es probable que lo sigamos estando, aunque con las experiencias empezamos a olérnoslo un pelín antes. Seguimos arrastrando un poco el hocico por el suelo, solo que..., no sé, de alguna manera nos cansamos con más facilidad.

Esto es lo que pienso mientras me sirvo el café de la mañana. Aunque sean casi las seis de la tarde, porque el día en la oficina ha sido un no parar. Ser la becaria es lo que tiene: te pagan fatal, haces más horas que nadie y luego no se te reconoce absolutamente nada. Y eso que yo considero que tengo bastante suerte, dentro de lo que cabe: todas mis amigas de la carrera están peor. Peor pagadas (y algunas ni eso), peor con sus jefes (la mía, dentro de lo que cabe, es maja) y echando aún más horas que yo.

Nadie dijo que dedicarse a las ONG fuera a ser tarea sencilla. Lo que sí dice mucha gente a menudo es que no deberíamos quejarnos si estamos haciendo algo que «nos apasiona». Y a esa gente habría que meterles un zapato por el culo hasta que la boca les oliera a cuero.

El caso es que hoy no me ha dado tiempo ni a tomar café, y aunque es martes, siento como si fuera por lo menos jueves. Hay unas licitaciones a las que la ONG donde estoy quiere presentarse y, como siempre, lo han pillado demasiado tarde. Mi próximo proyecto, y ya he avisado a mi supervisora, es hacer una maldita tabla con los períodos de apertura de las convocatorias para que no nos veamos en estas cada dos semanas.

No obstante, y mientras le doy el primer sorbo al café, que ya está bastante rancio después de llevar en la cafetera sus buenas ocho horas, mi mente está muy lejos del trabajo. Estoy centrada en los errores que cometemos, en toda esa gente que parece que solamente entra en nuestra vida para hacernos caer. Aprender, dirían algunos, pero yo estoy bastante harta de que me den lecciones que no había pedido. Demasiadas clases de una materia que no me interesa, así que prefiero no sacarme el título, muchas gracias.

El hondo pozo de reflexión en el que estoy metida es culpa, casi al cien por cien, de mi amiga Blanca. Una de esas amistades que, aunque no llevan mucho tiempo, sabes que van a ser para toda la vida. Nos conocimos en el baño de una discoteca, las dos borrachas como cubas. No es que sea extraño para cualquier mujer el concepto de «amigas de baño» cuando sale de fiesta, pero sí que es rarísimo que una de esas amistades cuaje. Normalmente son momentos que, aunque brillantes y divertidos, resultan fugaces en tu vida. El parpadeo de una estrella o una extraña pasándote un pañuelo por de-

bajo de la puerta porque ya no hay papel en el váter. El caso es que había mucha cola para usar el baño ese día, ella estaba por delante de mí y nos pusimos a hablar. Que si tienes la raya del ojo corrida, espera que te la arreglo, que si me sujetas la copa mientras me quito la chaqueta..., una conversación bastante normal para unas «amigas de baño», de rutina. Pero cuando le tocó el turno y yo gemí porque mi vejiga estaba cercana a la implosión, se le cruzó el cable y me ofreció entrar con ella en el baño.

Que dirás: «Vaya marranada. Esa quería hacerte cosas cerdas».

Pues eso pensé yo también, pero mi vejiga habló más alto que mis reticencias y acepté. Ahí se me cruzó el cable a mí. Si nos hubiéramos tocado en ese momento, estoy convencida de que habrían saltado chispas de tanto cable roto que conteníamos.

Me dejó hacer pis antes, y nunca he sido más veloz en la totalidad de mi existencia. Ella se dio la vuelta con una naturalidad que me hizo pensar que llevábamos toda la vida siendo las mejores amigas del mundo.

—Gracias —le dije, escuetamente, antes de subirme las bragas y las medias negras.

El pequeño cubículo olía ya a pis antes de que entráramos, con lo que no me sentí mal por haber contribuido al tufo. Lo siguiente sería que se me hubiera escapado un sonoro pedo, aunque ahora creo que si eso hubiera pasado ya estaría casada con Blanca. Visto lo visto...

Ella se recogió el pelo rubio en una coleta alta (tardé poco en descubrir que lo hacía siempre antes de usar el baño) y se puso en unas cucullas admirables antes de que yo misma me diera la vuelta.

—Nada. Para eso estamos las amigas.

Y así, como si esa frase típica sacada de una película adolescente lo hubiera dictaminado, nos hicimos inseparables. Salimos a bailar juntas, nos dimos los números y resultó que ninguna quería hacer cosas cerdas con la otra. Aunque en cualquier otra circunstancia y si no la hubiera visto mear, a mí probablemente me habría entrado por el ojo, no lo voy a negar. Y no se lo confesaré nunca porque estoy convencida de que no dejaría jamás de restregármelo por la cara.

De esa noche hace casi dos años. Y aunque tengo muchas amigas del instituto, de la infancia incluso, ahora mismo la considero a ella como mi mejor amiga. Porque es con la que más hablo, a la que más veo y la que mejor me comprende.

Y Blanca, mi flamante mejor amiga, está a punto de caer, otra vez, en uno de esos pozos de los que solo se sale empanada y llena de mierda.

Ese pozo se llama Saúl. Y es un tío tóxico de manual. De manual básico, además. De esos que pensábamos, las dos, que ya veíamos venir de lejos.

Lo jodido que tienen esa clase de tíos es que siempre nos topamos con algo, una sutileza, que hace que podamos agarrarnos a eso para asegurarnos, una y otra vez, que en esa ocasión es diferente. Que es que nosotras somos unas histéricas.

A mí me está volviendo loca que Blanca no se dé cuenta. Se lo he intentado hacer comprender, de manera más o menos sutil (y yo no soy sutil, ojo: yo soy como una apisonadora, solo que por la gente que quiero hago mi mejor intento), pero está totalmente ciega. Ciega como solo puedes estarlo cuando te pillas hasta las trancas de un tío que has conocido en una discoteca de mala muerte y que durante las primeras tres citas parecía el hombre de tu vida.

Veintiocho años, trabajo estable, manos grandes y cálidas

como su sonrisa. Atento, cariñoso, espontáneo hasta decir basta. Así lo describe ella, con ojos soñadores. Y, como ya hemos dicho, las primeras tres citas fueron perfectas. Tanto que hasta a mí me ha costado darme cuenta de que la cosa ha cambiado, o que directamente ni siquiera fue así.

Suele suceder de esta manera: al principio, todo va tan bien que te cuesta asumir que en algún momento el interés se ha desvanecido y que, aunque él tirara más que tú las primeras veces (cosa que nos suele encantar y hacer sentir seguras), ahora eres la única a las riendas de un carro que se va a despeñar por un acantilado sin que él te diga nada en absoluto.

Saúl parecía tener claro que Blanca era la mujer de su vida. Le decía que nunca había conocido a nadie como ella, que jamás había sentido tanta conexión con una mujer, le escribía mensajes a todas horas y planeaba la siguiente cita antes siquiera de que a ella le diera tiempo de pensarlo. Y Blanca se relajó, claro. Como pasa en estos casos, cuando ves que la otra persona te asegura ese interés, te relajas y comienzas a mostrarlo tú también sin reparos.

Ahí fue donde apareció el problema. Donde está siempre, supongo. Cuando ya ganas, no quieres seguir jugando. Y Saúl se cansó de jugar, aunque no fue algo drástico. Gotita a gotita, fue vaciando el vaso de atenciones que le dedicaba a Blanca.

Al principio yo misma lo defendí. Tampoco es que sea fácil asegurarle a tu amiga «Bua, qué putada, está empezando a pasar de tu culo», y se mezclaba con esa esperanza tan fuerte que tienes de que tu propio instinto se equivoque. Lo jodido de eso es que después te resulta complicado cambiar de postura, pasar a intentar abrirle los ojos a tu amiga. Y Blanca es, probablemente, la amiga más testaruda que tengo. Y eso que yo misma no soy ningún pedacito de pan. O sí, si ese pan lleva

dos semanas en la despensa y ya empieza a poder considerarse arma blanca.

Apuro el café y le doy un agua a la taza, demasiado vaga como para lavarla a fondo. La dejo boca abajo en el escurrerplatos pensando que si alguien decide robármela (la compré yo al empezar las prácticas) pues se merecerá que no esté limpia del todo.

Salgo de la cocina a oscuras, como siempre que me quedo hasta tan tarde. No me sorprende al cruzarme con Curro, el becario del departamento de gestión económica al que le suele tocar pringar tanto como a mí.

—Elena —me saluda con una sonrisa resignada.

—Curro, ¿tú eres un tío tóxico?

Mi pregunta lo descoloca, pero no tanto como lo habría hecho hace unos meses, cuando nos conocimos. Ya empieza a acostumbrarse a mis rarezas y eso me genera algo parecido a la ternura.

Se apoya en el marco de la puerta de la cocina; supongo que él también irá a por un último café antes de marcharse.

—El petróleo está especialmente malo hoy —continúa antes de que le dé tiempo a contestar.

—No esperaba menos —replica cruzándose de brazos—. ¿Qué es un tío tóxico?

Pongo los ojos en blanco y me aliso la americana con ambas palmas, intentando parecer distraída.

—Venga ya. Como si no lo supieras. Esos tíos que al principio te lo dan todo pero después pasan mucho. Que te tienen en ese refuerzo intermitente y acaban volviéndote loca.

—¿Estás teniendo problemas con algún capullo, Mele?

Sonríó ante ese mote, que me hace especial gracia. Se le ocurrió hace un tiempo mezclar mi nombre, Elena, con la gran mata de pelo indomable que llevo casi siempre recogida en

una trenza. Así nació «Melena», o «Mele», para abreviar. Y lo peor es que de un tiempo a esta parte, al comentárselo a mis amigos, se han empeñado en hacerle honor y me he encontrado con que ya todo el mundo me llama así. Tiene sentido, la verdad. Lo primero que suele llamar la atención de mí es precisamente eso: los bucles castaños que me caen hasta casi el trasero y que cuido más de lo que me gustaría admitir. Es probable que gaste más dinero en acondicionador que en compresas. Bueno, más que probable es algo seguro.

—Yo no —aclaró—. Una amiga.

—Claro, una amiga. Siempre es una amiga —se burla.

—Coño, esta vez es en serio. Si no, te lo diría. Ya hay confianza.

—Ser los becarios pringados une mucho. ¿Te apetece una caña, y me cuentas?

—¿No ibas a por petróleo?

—Es que si lo sigues llamando así..., como comprenderás, no me apetece mucho.

Le sonrío antes de asentir. Después de una jornada tan larga de trabajo que ha estado interrumpida por los quejidos de Blanca por mensaje, en la que he tenido que hacer *multi-tasking* entre papeleo y consejera emocional, lo que mejor me puede venir es una caña. O dos.



—Pues que pase ella de él.

Se me escapa una carcajada. Los tíos siempre tan categóricos. Tan simples. Todo es blanco o negro, todo es fácil o demasiado difícil, y merece la pena o se deja escapar. Quizá es eso: nosotras nos negamos a aceptar que si notamos desinte-

rés es porque lo hay. Queremos hacer a la gente más complicada de lo que realmente es.

Curro es un buen chico. Y yo no soy la típica persona que tiene esperanza en la humanidad y, mucho menos, en los tíos. Si por mí fuera, si fuese una elección que se pudiera tomar de manera consciente, sería lesbiana y punto. Pero me ha tocado ser bisexual en esta vida y, como se suele decir por TikTok, «los hombres me atraen, pero eso no significa que me gusten». Por experiencias propias y estando muy quemada con ellos, conocer a uno para mí es hoy por hoy como encontrarme con un depredador. Con cuidadito y no perdiéndolo de vista en ningún momento.

De hecho, hasta el propio Curro me costó en un principio. Aunque tiene la típica pinta de friki de la informática, que adereza con unos polos que parecen heredados de su abuelo y unas gafas de pasta gigantescas, la amplia sonrisa de medio lado y el sentido del humor ácido me pusieron en alerta desde el primer momento.

«También los hay malos con pinta de buenos» es otro de mis lemas.

No obstante, hace ya un par de meses y unas cuantas salidas de cañas con el resto de los becarios que tuve que reconocer que es de fiar. Algunos comentarios feministas, una anécdota sobre algo que lo hace vulnerable y ya comenzó a ablandarme. Hasta ahora no me ha demostrado nada que no sea bueno. Soy una bruja, pero incluso yo cedo en ocasiones.

—¿Por qué me miras como si estuviera pirado? —protesta en ese momento, dejando caer la jarra de cerveza sobre la mesa de madera del bar de al lado de la oficina, al que ya somos asiduos—. Si alguien te trata mal, pasas. Sencillo, ¿no?

—Joder, si fuera sencillo creo que nadie sufriría en este

mundo. También hay tías tóxicas, ¿nunca te has encontrado con ninguna?

—Tendría que pensarlo.

Se lleva la mano a la barbilla, como si de verdad fuera a pensar activamente en el tema, y yo sonrío de nuevo. Decido intentar ayudar a refrescarle la memoria:

—Una de esas tías que te dicen que te adoran, que ojalá encontrarán a un chico como tú, que hacen como si fueran tu novia pero luego no quieren nada contigo...

—Oh. —Parece comprender, abriendo los ojos—. Claro, de esas, a patadas.

—Es que es la forma femenina de ser tóxica. —Carraspeo y llevo la mano hacia su brazo. Luego pongo mi mejor voz dulce y pestañeo varias veces—. Ay, Curro, es que eres genial..., cualquier chica tendría taaaaaanta suerte de estar contigo...

Le acaricio el brazo a la altura del codo con un dedo juguetón y me muerdo el labio, clavando los ojos en los suyos. Curro se pone violentamente colorado en apenas un segundo y se aparta de golpe.

—¡Tía! ¡¿Qué haces?! Para, joder, que me das mal rollo.

«¿Te da mal rollo... o es que te ha gustado?», pienso, pero lo dejo pasar.

Hay una parte de mí que cree que a Curro lo atraigo. No me refiero a que piense que soy la mujer de su vida, pero sé que si algún día nos pasáramos de copas..., bueno, no creo que me resultara muy complicado llevármelo a la cama. No obstante, y como ya he dicho, Curro es un buen tío. Y yo no soy una tía tóxica. Lo máximo que me permito, cuando percibo que puede que le guste a algún chico que a mí no me interesa, son momentos como ese. Recupero la compostura con una risotada para eliminar cualquier tipo de tensión sexual que haya podido crear.

—Te has puesto rojo —me mofo dando palmas.

—¡Porque me has asustado!

—Porque te ha gustado, no mientas.

Alzo una ceja interrogante.

«Ya está, Elena, aquí es donde cortas.»

—Yo...

—Llevas demasiado tiempo sin mojar el churro, Curro. Oh, mira. Debería cambiarte yo también el nombre. «Churro» te va que ni pintado.

—Ni se te ocurra —advierte.

—Te debo un mote.

—Melena es un mote precioso. Churro es una puta mierda.

Llega el camarero con otras dos cervezas. No las hemos pedido, pero ya saben que, mínimo, siempre hay una segunda ronda. Es una gozada tener un sitio donde ya te consideren de la familia. Las agradecemos con un gesto de la mano y, en ese momento, un grupo de tíos que tienen pinta de venir de un colegio mayor irrumpen en el bar, llenándolo todo con sus ruidos.

—Entonces, si no va a pasar de él, ¿qué va a hacer tu amiga?

La pregunta me pilla un poco desprevenida, porque mi mente estaba vagando entre churros y el tiempo que yo misma llevaba sin probar uno (de ninguno de los tipos), así que ladeo la cabeza y tengo que emplear un segundo en recordar de lo que estábamos hablando.

«Concéntrate, pedazo de marrana», me recrimino mentalmente.

—A ver, en un mundo ideal, sí, pasaría de él. Donde las dan, las toman. —Me encojo de hombros—. Pero el corazón no funciona de ese modo, y las adicciones menos. Así que lo que deduzco es que él le seguirá dando largas hasta que ella se rinda al no recibir nada por su parte.

—Tiene lógica.

Se aparta el cabello negro de los ojos y se frota uno de ellos, por detrás de las gafas de pasta transparente. Una elección de montura bastante hortera pero que, he de reconocer, a él le queda bastante bien. Contribuye al aura de «niño bueno» que está claro que se esfuerza en conseguir.

—Pero, espera, que no acaba ahí. Cuando ella ya crea haberlo superado, él reaparecerá. Con un «te echo de menos» o algún rollo por el estilo. Y quedarán otra vez, y todo parecerá muy bonito, y después él volverá a perder interés y a pasar.

Curro gruñe, pero no dice nada. Se limita a fruncir el ceño, como si esa afirmación le hubiera molestado a nivel personal, aunque evidentemente no tiene nada que ver con él.

—Y puede que haya dos o hasta tres recaídas. Le calculo unos seis meses más a toda esta mierda —concluyo suspirando de la manera más dramática posible.

—Joder. ¿Y no hay manera de reducir ese tiempo? Yo qué sé, encerrando al tipo en una cueva o algo así.

—No es mala idea. Ojalá fuera legal, o factible. Pero no, cuando estás tan metida en esa mierda... es que no lo ves. O sea, si me pasara a mí, por ejemplo, te aseguro que Blanca estaría ahora mismo haciéndome una intervención y tendría clarísimo que debo pasar de ese tío. Pero, claro, es mucho más fácil dar consejos desde fuera. Desde ahí se ve todo mucho mejor y las decisiones son sencillas.

—Pues nada, coges al primer tío macarra que te encuentres, te lo zumbas y luego, cuando se vuelva tóxico, se lo vas contando a Blanca. Cuando ella vea que a ti te están haciendo lo mismo, se dará cuenta de su propia situación. Es un plan infalible.

Bam.

¿Sabéis esos momentos en los que el mundo se para y tienes una revelación?

Yo siempre lo he achacado al alcohol, pero en este momento apenas llevo jarra y media de cerveza entre pecho y espalda.

Curro lo ha dicho de coña. Eso es evidente. Pero a veces, los planes más absurdos son los que funcionan, ¿no?

—Tío, ¡eres un genio!

—Pero ¿qué cojones...?